

Pretendo contar aquí una historia que, si he de ser sincero conmigo mismo, no puedo aspirar a que sea creída por ninguno de los sufridos lectores, que en el asiento de un autobús, en algún lugar de esas carreteras mundanas, en la sala de un aeropuerto, en una estación de ferrocarril, o instalados cómodamente en el sillón de su casa bajo una cálida luz irradiada por una lámpara de cristales multicolores, amorosamente colocada junto a un café con leche sobre una mesa camilla vestida con faldas de fieltro verde, tengan la admirable paciencia de leer hasta el final.

Siempre fui un alumno aventajado. Uno de esos que sacan buenas notas en el colegio y del cual, sus profesores se sienten orgullosos. Es normal. Ven que sus esfuerzos invertidos en imbuir conocimientos y en moldear la personalidad de su discípulo no resultan vacuos.

Sin embargo, no querría pecar de inmodesto si añado que para obtener esos magníficos resultados académicos, debía añadirse a los esfuerzos -siempre útiles y nunca bien ponderados- de mis maestros, una inteligencia más alta que la de la media -y de la cual no me puedo sentir orgulloso, pues no hice nada para merecerla ni para tenerla, sino que me fue dada en el “kit de útiles de supervivencia para la vida”, en el momento de mi nacimiento-, y un esfuerzo del que sí me siento orgulloso, ya que el esforzarse o no, depende del libre albedrío de la persona en particular.

Estos éxitos en el colegio me llevaron a la universidad. Allí también coseché mis buenas matrículas de honor en los estudios; mas...en asuntos del corazón era el mayor cosechero de cucurbitáceas, es decir, de calabazas que se había visto en el campus.

Nadie está del todo contento con lo que tiene, así que: unos envidiaban mis matrículas de honor, y yo, de alguna manera -aunque nunca lo reconocí en público...uno tiene su dignidad- envidiaba el éxito de algunos de mis amigos y compañeros con las chicas.

El tiempo nos iguala a todos. Y una vez fuera de la facultad, los conocimientos son lo que menos importa para el éxito profesional. Los que importan son los contactos; sí, las relaciones. O sea, que tu padre sea un funcionario de peso; que tu madre conozca al

responsable de la asesoría jurídica de tal sitio; o que te cases con la hija del síndico de la bolsa.

¿Dije que el tiempo nos iguala a todos? Realmente, me refería a las salidas profesionales, porque en el otro sentido sólo me he igualado conmigo mismo, y después de muchos años sigo sin comerme una rosca.